

STEPHEN KING DESPUÉS DEL ANOCHECER

TRADUCCIÓN DE
JOSÉ ÓSCAR HERNÁNDEZ SENDÍN

PLAZA  JUANÉS
M. de Reg. de la Prop. Int.
(c) Random House Mondadori, S.A.

Título original: *Just After Sunset*

Primera edición: octubre, 2009

© 2008, Stephen King

Publicado por acuerdo con el autor, representado por
Ralph M. Vicinanza, Ltd.

© 2009, de la presente edición para España y América Latina:
Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2009, Javier Martos Angulo, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-01-33732-1

Depósito legal: B. 25.422-2009

Compuesto en Lozano Faisano, S. L. (L'Hospitalet)

Impreso y encuadernado en Printer Industria Gráfica, S. A.

N. II, Cuatro Caminos, s/n

08620. Sant Vicenç dels Horts (Barcelona)

L 3 3 7 3 2 1

Para Heidi Pitlor

Puedo imaginar lo que viste. Sí, es bastante horrible; pero al fin y al cabo es una vieja historia, un antiguo misterio. [...] Tales fuerzas no se pueden mencionar, no se puede hablar de ellas, no se pueden imaginar excepto bajo un velo y un símbolo, un símbolo que para la mayoría de nosotros es una imagen exótica y poética; para otros, es una locura. Pero tú y yo, en todo caso, hemos conocido algo del terror, que mora en el lugar secreto de la vida, manifestado en carne humana; aquello que sin tener forma se moldea a sí mismo. Oh, Austin, ¿cómo es posible? ¿Cómo es que la luz del Sol no se oscurece ante tal cosa y la sólida Tierra no se derrite y hierve bajo esa carga?

ARTHUR MACHEN,
El gran dios Pan

Índice

INTRODUCCIÓN	13
Willa	19
La chica de pan de jengibre	47
El sueño de Harvey	113
Área de descanso	125
La bicicleta estática	145
Las cosas que dejaron atrás	185
Tarde de graduación	219
N.....	227
El gato del infierno	291
<i>The New York Times</i> a un precio de ganga	309
Mudo	319
Ayana	347
Un lugar muy estrecho	369
NOTAS DEL ANOCHECER	433

Introducción

Un día de 1972 llegué a casa del trabajo y me encontré a mi mujer sentada a la mesa de la cocina con unas tijeras de podar delante. Sonreía, lo que indicaba que no era tan grave; por otro lado, dijo que quería mi cartera. Eso ya no sonaba tan bien.

Sin embargo, se la entregué. Rebuscó mi tarjeta de crédito Texaco para la gasolina —en aquella época esas cosas se enviaban siempre a los matrimonios jóvenes— y la cortó en tres grandes pedazos. Cuando objeté que la tarjeta nos había sido muy útil y que a final de mes siempre pagábamos lo mínimo (a veces más), ella se limitó a negar con la cabeza y me dijo que los gastos por intereses superaban lo que nuestra frágil economía podía soportar.

—Más vale que evitemos la tentación —dijo—. Yo ya he cortado la mía.

Y eso fue todo. Ninguno de los dos tuvimos una tarjeta de crédito durante los siguientes dos años.

Ella tenía razón, fue inteligente al hacerlo, porque en aquel momento ambos teníamos poco más de veinte años y dos niños a los que cuidar; económicamente estábamos casi con el agua al cuello. Yo enseñaba inglés en un instituto y trabajaba en una lavandería industrial durante el verano, lavando sábanas de motel y conduciendo ocasionalmente el camión de reparto entre esos mismos moteles. Tabby cuidaba de los niños durante el día, escribía poemas mientras dormían la siesta y hacía un turno comple-

to en el Dunkin' Donuts después de que yo llegara a casa del instituto. En conjunto, nuestros ingresos eran suficientes para pagar el alquiler, comprar comida y disponer de pañales para nuestro hijo pequeño, pero no daban para mantener una línea de teléfono; así que dejamos que corriera la misma suerte que la tarjeta Texaco. Hacer una llamada de larga distancia era demasiada tentación. Teníamos bastante para comprar libros de vez en cuando —ninguno de los dos podíamos vivir sin ellos— y costearme mis malos hábitos (cerveza y tabaco), pero para muy poco más. Ciertamente, el dinero no llegaba para cubrir los gastos financieros por el privilegio de tener aquel útil pero a fin de cuentas peligroso rectángulo de plástico.

Por lo general, los ingresos extra se iban en las reparaciones del coche, las facturas del médico, o en lo que Tabby y yo llamábamos «mierdas para niños»: juguetes, un parque infantil de segunda mano y unos cuantos libros enloquecedores de Richard Scarry. A menudo esos pequeños ingresos procedían de los relatos que podía vender a revistas para hombres como *Cavalier*, *Dude* y *Adam*. En aquella época, eso no era dedicarse a la literatura, y cualquier tipo de discusión sobre el «valor duradero» de mi ficción habría sido tan lujoso como aquella tarjeta Texaco. Los relatos, cuando se vendían (no siempre era así), eran sencillamente un puñado de dinero muy bienvenido. Yo los veía como una serie de piñatas a las que golpeaba, no con un palo sino con la imaginación. A veces se rompían y dejaban caer unos pocos cientos de dólares. Otras veces no.

Por suerte para mí —y créeme cuando te digo que en más de un sentido he tenido muchísima suerte en la vida—, mi trabajo era también mi placer. Me mataba a trabajar en la mayoría de aquellas historias, y me lo pasaba en grande. Llegaban una detrás de otra, como los éxitos de la emisora AM de música rock que siempre sintonizaba en el estudio-lavandería donde las escribía.

Las escribía rápida e intensamente, sin apenas volver atrás después de la segunda revisión, y nunca se me pasó por la cabeza preguntarme de dónde venían, ni en qué se diferenciaba la

estructura de un buen relato de la de una novela, ni cómo se gestionan cosas como el desarrollo de los personajes, el argumento y el marco temporal. Progresaba completamente por intuición; no me basaba más que en la perspicacia y en la confianza que un niño tiene en sí mismo. Lo único que me importaba era que los relatos saliesen. Aquello era cuanto tenía que preocuparme. Desde luego, nunca se me ocurrió pensar que escribir relatos era un arte frágil, un arte que puede olvidarse si no se ejerce casi constantemente. Por aquel entonces no me parecía frágil. La mayoría de esas historias me parecían bulldozers.

Muchos de los autores de best sellers de Estados Unidos no escriben relatos. Dudo que sea a causa del dinero; los escritores que han obtenido grandes beneficios económicos con sus libros no necesitan pensar en eso. Podría ser que cuando el mundo de un novelista a jornada completa se limita por debajo de, digamos, las veintisiete mil palabras, una especie de claustrofobia creativa se apodera de él. O quizá es solo que el don de la miniaturización se pierde en el camino. En la vida hay muchas cosas que son como montar en bicicleta, pero escribir relatos no es una de ellas. Uno puede olvidar cómo se hace.

A finales de los ochenta y durante los noventa escribí menos relatos, y los que escribía eran cada vez más largos (este libro incluye un par de esos relatos tan largos). Eso estaba bien. Pero también había relatos que no estaba escribiendo porque tenía alguna novela que terminar, y eso ya no estaba tan bien. Sentía esas ideas en la parte de atrás de la cabeza implorando que las escribiera. Finalmente escribí algunas; otras, me entristece decirlo, murieron y se convirtieron en polvo.

Lo peor de todo es que había historias que no sabía cómo escribirlas, y eso era desconcertante. Sabía que podía haberlas escrito en ese estudio-lavandería, en la pequeña Olivetti portátil de Tabby, pero siendo un hombre mucho mayor, incluso con mi estilo más perfeccionado y con herramientas mucho más caras —como el Macintosh en el que estoy escribiendo esta noche, por ejemplo—, aquellas historias me eludían. Recuerdo que eché a perder una de ellas y que pensé en un viejo forjador de espadas

mirando impotente una fina hoja de Toledo y diciéndose: «Antes sabía cómo se hacía esto».

Entonces, un día, hace tres o cuatro años, recibí una carta de Katrina Kenison, que editaba la serie anual *Best American Short Stories* (desde entonces la sucedió Heidi Pitlor, a quien va dedicado este libro que tienes en las manos). La señorita Kenison me preguntó si estaría interesado en editar el volumen de 2006. No necesitaba consultarlo con la almohada, ni siquiera meditarlo durante un largo paseo vespertino. Acepté inmediatamente. Por todo tipo de razones, algunas incluso altruistas, aunque en realidad sería un perverso embustero si no admitiera mi interés en formar parte del proyecto. Pensaba que si leía suficientes relatos, si me sumergía en la mejor literatura estadounidense que las revistas ofrecían, quizá podría recuperar algo de esa habilidad aletargada. No porque necesitara esos talones —módicos pero muy bien recibidos cuando estás empezando— para comprar un nuevo silenciador para un coche usado o un regalo de cumpleaños para mi esposa, sino porque perder la habilidad de escribir relatos cortos por tener una cartera sobrecargada de tarjetas de crédito no me parecía un intercambio justo.

Durante aquel año como editor invitado leí cientos de historias, pero no voy a hablar de eso aquí; si estás interesado, compra el libro y lee la introducción (también tendrás el placer de descubrir veinte relatos estupendos que no se te meterán en el ojo como un palo afilado). Lo importante, por cuanto afecta a los relatos que vienen a continuación, es que con todos ellos volví a entusiasmarme, empecé otra vez a escribir relatos a la vieja usanza. La primera de estas «nuevas» historias fue «Willa», que es también la primera en este libro.

¿Son buenos estos relatos? Eso espero. ¿Te ayudarán a soportar un aburrido vuelo en avión (si estás leyéndolos) o un largo viaje en coche (si los estás escuchando en un CD)? Realmente lo espero, porque cuando eso sucede es como un hechizo mágico.

Me encantó escribirlos, eso lo sé. Y también sé que espero que te guste leerlos. Espero que te lleven lejos. Y mientras continúe sabiendo cómo se hace, seguiré intentándolo.

www.megustaleer.com

(c) Random House Mondadori S A

Ah, otra cosa más. Sé que a algunos lectores les gusta saber algo acerca de cómo o por qué se escriben ciertas historias. Si eres una de esas personas, encontrarás mis «notas» al final. Pero debería darte vergüenza leerlas antes de leer los relatos.

Y ahora, permíteme que me aparte de tu camino. Pero antes de irme quiero agradecerte que hayas venido. ¿Seguiría haciendo lo que hago si tú no estuvieras aquí? Sí, en realidad sí. Porque soy feliz cuando las palabras se juntan y aparece una imagen, cuando la gente ficticia hace cosas que me sorprenden. Pero es mejor contigo, Lector Constante.

Siempre es mejor contigo.

*Sarasota, Florida,
25 de febrero de 2008*

Willa

No ves lo que tienes justo delante de los ojos, había dicho ella, pero a veces sí lo hacía. Supuso que no era completamente inmerecedor de su desdén, pero tampoco estaba completamente ciego. Y mientras el poso del anochecer se disolvía en un amargo color naranja sobre el Wind River Range, David echó un vistazo por la estación y vio que Willa se había marchado. Se dijo a sí mismo que no estaba seguro, pero eso fue solo cosa de su cabeza; su estómago, a punto de naufragar, estaba bastante seguro.

Fue a buscar a Lander, que se llevaba bastante bien con ella. La había llamado valiente cuando Willa dijo que la compañía Amtrak era una mierda por haberlos dejado colgados de aquella manera. Muchos de ellos no le hicieron ni caso, tanto si Amtrak los había dejado colgados como si no.

—¡Aquí huele a galletas mojadas! —gritó Helen Palmer cuando David pasaba por su lado. Ella se había abierto paso hasta el banco del rincón, como hacía siempre. La señora Rhinehart estaba con ella, dándole un pequeño respiro al señor Palmer, y le dedicó a David una sonrisa.

—¿Han visto a Willa? —preguntó David.

La señora Rhinehart negó con la cabeza, todavía sonriendo.

—¡Tenemos pescado para cenar! —estalló la señora Palmer con furia. Un nudo de venas azules le latía en el hueco de la sien. Algunas personas se volvieron para mirar—. *¡Primeo una cosha y depué otra!*

—¡Cállese, Helen! —dijo la señora Rhinehart. Quizá su nombre era Sally, pero David pensaba que un nombre como ese lo recordaría; por entonces había muy pocas Sally. El mundo pertenecía a las Amber, las Ashley y las Tiffany. Willa era otra especie en peligro de extinción, y pensar en ello hizo que el estómago le diera otro vuelco.

—¡Galletas! —graznó Helen—. ¡Viejas y sucias galletas de campamento!

Henry Lander estaba sentado en un banco debajo del reloj de pared. Rodeaba a su esposa con un brazo. Lo miró y negó con la cabeza antes de que David pudiera preguntarle.

—No está aquí. Lo siento. Si tienes suerte, habrá ido al pueblo, y si no, se habrá largado. —E hizo el gesto de hacer autoestop.

David no creía que su novia se hubiera marchado sola al oeste haciendo autoestop —la idea era una locura— pero sí creía que no estaba allí. En realidad, lo había sabido incluso antes de hacer el recuento, y le vino a la cabeza un fragmento de algún viejo libro o poema sobre el invierno: Un llanto de ausencia, ausencia en el corazón.

La estación era una angosta garganta de madera. La gente vagaba sin rumbo de un lado a otro o sencillamente se sentaba en los bancos bajo los tubos fluorescentes. Los hombros de los que estaban sentados tenían esa dejadez especial que uno solo ve en lugares como ese, donde la gente espera que todo lo que ha salido mal se arregle y pueda continuar ese viaje interrumpido. Pocas personas vienen adrede a sitios como Crowheart Springs, en Wyoming.

—No salgas corriendo tras ella, David —dijo Ruth Lander—. Está anocheciendo y ahí fuera hay muchas alimañas. No solo coyotes. Ese librero cojo dice que vio un par de lobos al otro lado de las vías, donde está el depósito de carga.

—Se llama Biggers —dijo Henry.

—Como si se llama Jack el Destripador —dijo Ruth—. La cuestión es que ya no estás en Kansas, David.

—Pero si Willa se ha ido...

—Se fue cuando todavía había luz —dijo Henry, como si la luz del sol pudiese impedir que un lobo (o un oso) atacase a una mujer sola. Por lo que David sabía, podría ser así. No era un experto en vida salvaje, sino un banquero especialista en inversiones. De hecho, era un joven banquero especialista en inversiones.

—Si viene el tren y ella no está, lo perderá.

Parecía que no podía meterles ese simple hecho en la cabeza. Derrapaban, como dirían en el argot de su oficina de Chicago.

Henry arqueó las cejas.

—¿Me estás diciendo que si los dos perdéis el tren las cosas se pondrán mejor?

Si ambos perdían el tren, esperarían juntos el siguiente o cogrían un autobús. Seguramente, Henry y Ruth Lander comprendían eso. O quizá no. Lo que David vio cuando los miró —lo que tenía justo delante de los ojos— era ese cansancio especial propio de la gente instalada temporalmente en West Overalls. Además, ¿quién si no se preocuparía de Willa? Si Willa desapareciese de High Plains, ¿quién pensaría en ella aparte de David Sanderson? Incluso le tenían cierta antipatía. Esa zorra de Ursula Davis le había dicho una vez que si la madre de Willa le hubiese quitado la «a» a su nombre, «habría sido casi perfecto».

—Me voy a buscarla al pueblo —dijo.

Henry suspiró.

—Eso sería una estupidez, hijo.

—No podremos casarnos en San Francisco si la dejo tirada en Crowheart Springs —respondió, tratando de hacer un chiste.

Dudley estaba paseando. David no sabía si Dudley era nombre o apellido, solo que ese hombre era un ejecutivo con un gran surtido de material de oficina y que iba a Missoula para algún tipo de convención regional. Generalmente permanecía muy callado, por lo que la carcajada de burro que lanzó a la creciente oscuridad fue mucho más que sorprendente; fue chocante.

—Si llega el tren y lo pierdes —dijo—, búscate un juez de paz y cástate aquí mismo. Cuando regreses al este, podrás decirles a

tus amigos que tuviste una verdadera boda al estilo del salvaje Oeste. ¡Yujuu, compañero!

—No lo hagas —dijo Henry—. No nos quedaremos aquí mucho tiempo.

—¿Y por eso tengo que dejarla? Eso es una locura.

Echó a andar antes de que Lander o su esposa pudieran responderle. Georgia Andreeson estaba sentada en un banco cercano, contemplando cómo su hija brincaba de un lado a otro por el sucio suelo de baldosas con su vestido rojo para los viajes. Pammy Andreeson nunca parecía estar cansada. David trató de recordar si la había visto dormida alguna vez desde que el tren descarriló en el cruce de Wind River y los dejó tirados como un paquete olvidado en la oficina de objetos perdidos. Quizá una vez, con la cabeza recostada en el regazo de su madre. Pero podría ser un falso recuerdo pergeñado a partir de la creencia de que los niños de cinco años suelen dormir mucho.

Pammy saltaba a la pata coja de baldosa en baldosa, con una travesura en mente, usando los recuadros de las losetas como una rayuela gigante. Su vestido rojo se alzaba alrededor de sus regordetas rodillas

—Conocí a un hombre, se llamaba Danny —cantaba en un monótono estribillo de una sola nota, logrando que a David le dolieran hasta los empastes—. Tropezó y se cayó de espaldas. Conocí a un hombre, se llamaba David. Tropezó y se cayó de espaldas.

Sonrió con picardía y señaló a David.

—Pammy, ya basta —dijo Georgia Andreeson. Sonrió a David y se apartó el pelo de la cara. A David le pareció un gesto de cansancio inenarrable y pensó que aún le quedaba un largo camino por delante con la briosa Pammy, sobre todo sin un señor Andreeson en el horizonte.

—¿Ha visto a Willa? —preguntó.

—Se ha ido —dijo, y señaló hacia una puerta con un cartel en el que se leía AUTOBUSES, TAXIS, CONSULTE POR HABITACIONES LIBRES EN EL TELÉFONO DE CORTESÍA.

Biggers se acercaba cojeando.

www.megustaleer.com

(c) Random House Mondadori S.A

—Evitaré el contacto con el maravilloso aire libre a no ser que vaya armado con un rifle de gran calibre. Hay lobos. Los he visto.

—Conocí a una chica, se llamaba Willa —canturreaba Pammy—. Le dolía la cabeza y se tomó una pastilla. —Cayó despatarrada al suelo, riéndose a carcajadas.

Biggers, el librero, no esperó respuesta. Se alejó cojeando. Su sombra se alargó, luego menguó bajo la luz de los fluorescentes y después creció de nuevo.

Phil Palmer estaba apoyado en la puerta de entrada, bajo el cartel de los autobuses y los taxis. Era un vendedor de seguros jubilado. Él y su esposa se dirigían a Portland. El plan era quedarse durante un tiempo con su hijo mayor y su esposa, pero Palmer les había contado a él y a Willa que Helen probablemente nunca regresaría al este. Tenía cáncer y Alzheimer. Willa llamó a aquello un «dos en uno». Cuando David le dijo que eso era cruel, Willa lo miró, empezó a decir algo y luego se limitó a mover la cabeza.

Como siempre, Palmer le preguntó:

—Eh, amigo, ¿tienes un cigarrillo?

Y como siempre, David le respondió:

—No fumo, señor Palmer.

—Solo te estaba poniendo a prueba, muchacho —finalizó Palmer.

Mientras David se dirigía hacia la plataforma de hormigón donde los pasajeros del tren esperaban el autobús a Crowheart Springs, Palmer frunció el ceño.

—No es buena idea, mi joven amigo.

Algo —podría ser un perro enorme pero probablemente no lo era— aulló al otro lado de la estación, donde la salvia y la retama crecían casi hasta las vías. Una segunda voz se unió a la primera, creando cierta armonía. Se acallaron al unísono.

—¿Ves a qué me refiero, jovencito? —Palmer esbozó una sonrisa, como si hubiera conjurado esos aullidos para demostrar que tenía razón.

David se volvió, su fina chaqueta ondeaba a su alrededor bajo

la suave brisa, y empezó a bajar la escalera. Antes de que pudiese cambiar de idea aceleró el paso, pero lo único realmente difícil fue el primer escalón. Después de eso ya solo pensaba en Willa.

—David —dijo Palmer, dejando las bromas a un lado—. No lo hagas.

—¿Por qué no? Ella lo ha hecho. Además, los lobos están por allí. —Señaló con el pulgar por encima del hombro—. Si eso es lo que son.

—Por supuesto que eso es lo que son. Seguramente no te atacarán, no, dudo que estén especialmente hambrientos en esta época del año. Pero no hay necesidad de que los dos os perdáis durante Dios sabe cuánto tiempo en medio de ninguna parte solo porque ella se ha extraviado siguiendo las luces brillantes.

—Parece que usted no lo entiende. Ella es mi chica.

—Te voy a decir una verdad que te va a doler, amigo mío. Si ella se considerase realmente tu chica, no habría hecho lo que ha hecho, ¿no crees?

Al principio David no dijo nada porque no estaba seguro de lo que creía. Posiblemente porque a menudo no veía lo que tenía justo delante de los ojos. Eso es lo que había dicho Willa. Finalmente se volvió hacia Phil Palmer, recostado en la puerta de entrada, un poco más arriba.

—Creo que uno no abandona a su novia en medio de ninguna parte. Eso creo.

Palmer suspiró.

—Casi espero que uno de esos lobos decida darte un mordisco en tu trasero de chico de ciudad. Quizá así te vuelvas más inteligente. A la pequeña Willa Stuart no le importa nadie salvo ella misma, y todo el mundo lo sabe menos tú.

—Si paso por una tienda Nite Owl o un 7-Eleven, ¿quiere que le traiga un paquete de cigarrillos?

—¿Por qué demonios no ibas a hacerlo? —dijo Palmer. Luego, justo cuando David caminaba por encima de las letras de NO APARCAR, ZONA DE TAXIS pintadas sobre la recta y desierta calle—: ¡David!

David se volvió.

—El autobús no volverá hasta mañana, y hay cinco kilómetros hasta el pueblo. Eso pone en la pared del fondo de la caseta de información. Son diez kilómetros a pie, ida y vuelta. Te llevará dos horas, eso sin contar el tiempo que podrías tardar en encontrar su rastro.

David alzó una mano para indicar que le había oído pero siguió andando. El viento bajaba de las montañas, muy frío, pero le gustaba cómo hacía ondear su ropa y cómo le peinaba el pelo hacia atrás. Al principio estaba alerta por si aparecían los lobos, escrutando un lado del camino y después el otro, pero no vio ninguno y sus pensamientos volvieron a centrarse en Willa. Y, a decir verdad, su mente se había centrado en muy pocas cosas más desde la segunda o tercera vez que había estado con ella.

Willa podía haberse perdido siguiendo las luces brillantes; en eso Palmer casi seguro que tenía razón, pero David no creía que no le importara nadie salvo ella misma. La verdad era que Willa se había cansado de esperar junto a aquellos tristes y viejos carcamales quejándose por lo tarde que iban a llegar, por esto, por aquello y por lo otro. El pueblo, allá a lo lejos, probablemente no sería nada del otro mundo, pero su cabeza debía de haber entrevisto alguna posibilidad de divertirse, y eso la había atraído más que la posibilidad de que Amtrak enviara un tren especial para recogerlos mientras ella estaba ausente.

Pero ¿dónde exactamente habría ido en busca de diversión?

Estaba seguro de que no existían eso que se llaman clubes nocturnos en Crowheart Springs, donde la estación de tren era solo un largo tinglado verde con WYOMING y EL ESTADO DE LA IGUALDAD pintado en rojo, blanco y azul en uno de los lados. Nada de clubes nocturnos ni discotecas, pero sin duda habría bares, y pensó que ella se las arreglaría para encontrar alguno. Si no podía ir «de clubes», iría «de bares».

Cayó la noche y las estrellas se desplegaron en el cielo, de este a oeste, como una alfombra adornada con lentejuelas. Una media luna asomó entre dos cumbres y permaneció allí, ofreciendo un resplandor de sala de espera sobre aquella extensión de la carretera y el campo abierto que había a ambos lados. El

viento silbaba bajo los aleros de la estación, pero ahí fuera emitía un extraño murmullo que no era una vibración. Eso le hizo pensar en la canción que entonaba Pammy Andreeson jugando a la rayuela.

Echó a andar con el oído puesto en el sonido de un tren que pudiera acercarse por detrás. Pero no lo oyó; lo que oyó cuando el viento amainó fue un leve pero perfectamente audible clic, clic, clic. Se dio la vuelta y vio un lobo unos veinte pasos más atrás, junto a una señal rota de la Carretera 26. Era grande como un becerro; tenía el pelaje tan apretado como un sombrero ruso. Bajo la luz de las estrellas, su pelo parecía negro y sus ojos, de un oscuro amarillo orina. Vio que David lo estaba mirando y se detuvo. Abrió la boca con una mueca y comenzó a jadear; el sonido de un motor pequeño.

No era momento de asustarse. Dio un paso hacia el lobo, dio una palmada y gritó:

—¡Largo de aquí! ¡Vete ya!

El lobo se dio la vuelta y desapareció, dejando tras él una pila de excrementos sobre la Carretera 26. David sonrió pero se las apañó para no reírse en voz alta; pensaba que eso sería tentar demasiado a los dioses. Se sentía asustado y, al mismo tiempo, aunque pareciera absurdo, totalmente tranquilo. Pensó en cambiarse el nombre de David Sanderson por Asustador de Lobos. Ese sí que sería un buen nombre para un banquero especialista en inversiones.

Entonces sí se rió un poco —no pudo evitarlo— y reanudó la marcha hacia Crowheart Springs. Esta vez caminaba mirando por encima del hombro y a ambos lados, pero el lobo no regresó. Lo que sí regresó fue la certeza de que oiría el chirrido del tren especial que llegaría para recoger a los otros; retirarían del cruce la parte del tren en el que viajaban y que seguía en las vías, y la gente que aguardaba al fondo de la estación enseguida estaría de nuevo en camino. Los Palmer, los Lander, el cojo Biggers, la danzarina Pammy y todos los demás.

Bueno, ¿y qué? Amtrak les guardaría el equipaje en San Francisco; podían confiar en que lo haría. Él y Willa encontra-

rían la estación local de autobuses. La línea de autobuses Greyhound tenía que haber descubierto Wyoming.

Se topó con una lata de Budweiser y la pateó durante un trecho. Entonces le dio una patada que la desvió hacia los matorrales, y mientras se debatía entre si ir a buscarla o no, oyó una música a lo lejos: un bajo y el llanto de una guitarra eléctrica, que a David siempre le sonaba como lágrimas de cromo. Incluso en las canciones alegres.

Ella estaba allí, escuchando aquella música. No porque fuera el lugar más cercano donde podía escucharse música sino porque aquel era el lugar correcto. Lo sabía. Así que se olvidó de la lata y fue hacia la guitarra eléctrica; sus zapatillas levantaban un polvo que el viento se llevaba lejos. Lo siguiente fue el sonido de una batería, y después una flecha de neón bajo un cartel en el que sencillamente se leía 26. Bueno, ¿por qué no? Al fin y al cabo aquella era la Carretera 26. Era un nombre perfectamente lógico para un tugurio.

Había dos zonas de aparcamiento. La de delante estaba pavimentada y albergaba camionetas y automóviles, la mayoría estadounidenses y de al menos cinco años. La explanada de la izquierda era de grava. En esa zona, filas de largos semirremolques yacían bajo brillantes arcos blanquiazules de neón. Ahora David podía oír también el ritmo de las guitarras principales y leer la marquísima que había sobre la puerta: SOLO ESTA NOCHE THE DERAILERS ENTRADA 5\$ LO SENTIMOS.

The Derailers, «los Descarriladores», pensó. Bueno, desde luego Willa había encontrado el grupo correcto.

David tenía un billete de cinco en la cartera, pero la taquilla del 26 estaba vacía. Más allá, una pista de baile de madera maciza estaba atiborrada de parejas que bailaban despacio, la mayoría de ellas vestidas con tejanos y botas vaqueras, apretujándose mutuamente el trasero mientras la banda se abría paso con «Wasted Days and Wasted Nights». Era una canción ruidosa, lacrimógena y, hasta donde David Sanderson podía opinar, perfecta. El olor a cerveza, sudor, loción para después del afeitado y perfume de Wal-Mart lo golpearon como un puñetazo en la

nariz. Las carcajadas y las conversaciones —incluso un «Yuju» fuera de lugar procedente del lado más alejado de la pista— parecían el sonido que uno oye en un sueño que se repite una y otra vez en ciertos momentos de la vida: el sueño en el que no llegas preparado a un examen muy importante, el sueño en el que estás desnudo, el sueño en el que estás cayendo, el sueño en el que atraviesas a toda prisa la ciudad porque estás convencido de que tu destino te espera al otro lado.

David pensó guardar el billete de cinco dólares en la cartera, pero finalmente se asomó a la taquilla de la entrada y lo dejó caer sobre el escritorio que había detrás, despejado completamente salvo por un paquete de Lucky Strike sobre un libro de bolsillo de Danielle Steel. Después se adentró en la atestada sala principal.

The Derailers cambiaron de tercio con algo mucho más alegre y los bailarines más jóvenes empezaron a saltar como niños en un espectáculo punk. A la izquierda de David, aproximadamente dos docenas de bailarines de mayor edad formaron un par de hileras. Se fijó con más atención y se dio cuenta de que solo había una fila. La pared de detrás era un espejo que hacía que la pista de baile pareciera el doble de grande de lo que era.

Un vaso se hizo añicos.

—¡Tú pagas, compañero! —gritó el cantante mientras Los Descarriladores interpretaban un tema instrumental. Los bailarines aplaudieron aquel chiste con entusiasmo. David pensó que probablemente parecería de lo más brillante si ibas conduciendo a todo trapo por la autopista del tequila.

El bar tenía forma de herradura, con una réplica de neón del Wind River Range flotando en lo alto. Era rojo, blanco y azul; parecía que en Wyoming les encantaba su rojo, blanco y azul. Un cartel de neón con los mismos colores proclamaba ESTÁS EN EL PAÍS DE DIOS, COMPAÑERO. El logo de Budweiser lo flanqueaba por la izquierda y el logo de Coors por la derecha. La multitud que esperaba a que le atendieran se agolpaba sobre la barra en cuatro filas de personas. Un trío de camareros, vestidos con camisa blanca y delantal rojo, sacudían las cocteleras como si fueran revólveres de seis balas.

www.megustateer.com

(c) Random House Mondadori S A

El lugar estaba atestado —debía de haber quinientas personas armando jaleo— pero no le inquietaba encontrar a Willa. Mi intuición sigue funcionando, pensó mientras acortaba camino por una de las esquinas de la pista de baile, casi bailando también al tiempo que esquivaba a varios vaqueros y vaqueras que daban vueltas.

Más allá de la barra y la pista de baile había un pequeño y oscuro corredor con reservados cubiertos. En la mayoría de ellos se apiñaban unas cuatro personas, por lo general con una o dos jarras de cerveza como sustento; su reflejo en la pared de espejo convertía cada fiesta de cuatro en una fiesta de ocho. Solo uno de los reservados no estaba lleno. Willa estaba allí sentada, su vestido de cuello alto con estampado de flores parecía fuera de lugar entre tantos Levi's, chaquetas vaqueras y camisas con botones perlados. No había pedido nada de comer ni de beber, la mesa estaba limpia.

Al principio, ella no lo vio. Estaba observando a los que bailaban. Tenía las mejillas sonrojadas y se le marcaban los hoyuelos en las comisuras de la boca. Parecía estar a doce kilómetros de aquel bar, pero él nunca la había querido más que entonces. Esa era Willa al borde de una sonrisa.

—Hola, David —dijo mientras él se deslizaba a su lado—. Esperaba que vinieras. Pensé que lo harías. ¿A que la banda es genial? ¡Suenan tan fuerte!

Casi tenía que gritar para hacerse oír, pero él notó que a Willa eso también le gustaba. Y después de la primera mirada que le dedicó, volvió a posar la vista en los bailarines.

—Son buenos, ya lo creo —dijo él. Verdaderamente lo eran. Se oyó responderse a sí mismo a pesar de la ansiedad, que había regresado. Ahora que en efecto la había encontrado, volvía a preocuparle aquel maldito tren que debía recogerlos—. El cantante se parece a Buck Owens.

—¿De verdad? —Se volvió hacia él, sonriendo—. ¿Quién es Buck Owens?

—No importa. Tenemos que volver a la estación. A menos que quieras quedarte aquí colgada otro día más, claro.

—Igual resulta que no es tan malo. Está empezando a gustarme este... ¡Eh, mira!

Un vaso trazó un arco por encima de la pista de baile, lanzó destellos verdes y dorados con las luces del escenario, y se hizo trizas en algún lugar fuera de la vista. Hubo vítores y algunos aplausos —Willa también aplaudió—, pero David vio que un par de gorilas con las palabras SEGURIDAD y SERENIDAD estampadas en su camiseta se acercaban al lugar desde donde habían lanzado el misil.

—Este es el típico sitio donde siempre hay cuatro peleas a puñetazos en el aparcamiento antes de las once —dijo David— y a menudo una pelea de todos contra todos justo antes de que cierren.

Willa rió y le apuntó con los dedos índices, como si fueran pistolas.

—¡Bien! ¡Quiero verlo!

—Y yo quiero que volvamos —dijo David—. Si quieres ir a bares de mala muerte en San Francisco, yo te llevaré. Te lo prometo.

Ella se estiró el labio inferior y se apartó de la cara el cabello color arena.

—No sería lo mismo. No lo sería, y tú lo sabes. En San Francisco probablemente beban... no sé... cerveza macrobiótica.

Eso le hizo reír. Igual que la idea de un banquero especializado en inversiones que se llamara Asustador de Lobos, la idea de una cerveza macrobiótica era demasiado buena. Pero la ansiedad seguía ahí debajo de aquella risa; de hecho, ¿no estaba alimentando la risa?

—Vamos a tomarnos un pequeño descanso y muy pronto estaremos de vuelta —dijo el cantante, secándose la frente—. Vayan a beber algo. Y recuerden, yo soy Tony Villanueva y nosotros somos The Derailers.

—Este es el aviso para que nos pongamos los zapatos de diamantes y nos marchemos —dijo David, y le cogió la mano. Se deslizó fuera del reservado, pero ella no lo siguió. Aunque tampoco

le soltó la mano, y él volvió a sentarse, sintiendo un poco de pánico. Pensó que ahora sabía qué sentía un pez cuando comprendía que no podría liberarse del anzuelo, que ese oxidado anzuelo se había enganchado bien y que el señor Trucha terminaría en la cesta, donde daría su último coletazo. Ella lo estaba mirando con aquellos mismos ojos azules asesinos y aquellos hoyuelos profundos: Willa al borde de una sonrisa, su futura esposa, que leía novelas durante el día y poesías por la noche, y que creía que las noticias de la televisión eran... ¿cómo las llamaba? Efímeras.

—Míranos —dijo, y giró la cabeza por encima de él.

Él miró hacia la pared de espejo de la izquierda. Vio a una agradable pareja de la costa Este, tirados en Wyoming. Ella, con su vestido estampado, tenía mucho mejor aspecto que él, pero supuso que eso sería siempre así. Pasó la mirada desde la Willa del espejo a la real arqueando sus cejas castañas.

—No, mira otra vez —dijo ella. Los hoyuelos seguían ahí, pero ahora estaba seria, tan seria como podía estarlo en una atmósfera tan festiva—. Y piensa en lo que te dije.

David estuvo a punto de decir «Me dices muchas cosas, y pienso en cada una de ellas», pero aquella era la respuesta de un enamorado, bonita y en esencia carente de sentido. Y como no sabía a qué se refería, miró de nuevo y no dijo nada. Esta vez miró de verdad y no vio a nadie en el espejo. Miraba el único reservado vacío del 26. Se volvió hacia Willa, pasmado... aunque de algún modo no le sorprendía.

—¿No te has preguntado cómo una hembra tan presentable puede estar sentada aquí sola, cuando el lugar está que arde? —preguntó ella.

David negó con la cabeza. No se lo había preguntado. Había muchas cosas que nunca se había preguntado, al menos hasta entonces. Cuándo fue la última vez que había comido o bebido, por ejemplo. O qué hora era, o cuándo fue la última vez que había visto la luz del sol. Ni siquiera sabía exactamente qué les había pasado. Solo que el Volador del Norte había descarrilado, y ahora, por casualidad, estaban allí oyendo a una banda de country llamada...

—Le di patadas a una lata —dijo—. Viniendo hacia aquí le di patadas a una lata.

—Sí —dijo ella—, y la primera vez que miraste el espejo nos viste, ¿no es así? La percepción no lo es todo, pero ¿qué pasa cuando juntamos la percepción con las expectativas? —Parpadeó, luego se inclinó hacia él. Sentir la presión de sus pechos contra sus antebrazos al tiempo que le besaba la mejilla fue maravilloso. Era sin duda la sensación de la carne viva—. Pobre David. Lo siento. Pero has sido muy valiente al venir. La verdad es que no pensaba que fueras a hacerlo.

—Tenemos que volver y contárselo a los demás.

Ella apretó los labios.

—¿Por qué?

—Porque...

Dos hombres con sombrero vaquero guiaban hacia el reservado a dos mujeres sonrientes, vestidas con tejanos, camisa del oeste y con una cola de caballo. Mientras se acercaban, una idéntica expresión de azoramiento —no del todo temerosa— trocó sus rostros, y volvieron hacia la barra del bar. Nos han sentido, pensó David. Como un aire frío que los empuja a marcharse... eso es lo que somos ahora.

—Porque es lo correcto.

Willa rió. Fue un sonido fatigado.

—Me recuerdas al viejo que solía vender harina de avena por televisión.

—¡Cariño, los otros creen que están esperando un tren que vendrá a recogerlos!

—¡Bueno! ¡Quizá sea así! —A David casi le asustó la repentina ferocidad de Willa—. Quizá sea ese tren del que siempre hablan, el tren del Evangelio, el tren a la Gloria. Ese que no lleva a tahúres ni a ladrones de medianoche.

—No creo que Amtrak llegue hasta el cielo —respondió David. Esperaba hacerla reír, pero ella bajó la mirada hacia las manos de él casi con acritud, y él tuvo una revelación repentina—. ¿Sabes algo más? ¿Algo que debemos decirles a los otros? Hay algo más, ¿verdad?

—No sé por qué deberíamos tomarnos tantas molestias cuando simplemente podemos quedarnos aquí —dijo. ¿Había petulancia en su voz? Pensó que sí. Aquella era una Willa que él nunca había imaginado—. Puede que seas un poco corto de vista, David, pero al menos has venido. Y te quiero por eso.

Volvió a besarlo.

—También me encontré con un lobo —dijo—. Lo espanté con un par de palmadas. Estaba pensando en cambiarme el nombre por el de Asustador de Lobos.

Se quedó mirándolo durante un momento con la boca abierta, y David tuvo tiempo de pensar: He tenido que esperar hasta que estuviéramos muertos para sorprender de veras a la mujer que amo. Entonces, ella se dejó caer sobre el respaldo acolchado del reservado, y se rió a carcajadas. Una camarera que en ese momento pasaba por su lado dejó caer una bandeja repleta de cervezas con un estallido y soltó un juramento.

—¡Asustador de Lobos! —gritó Willa—. ¡Quiero llamarte así en la cama! ¡Oh, oh, Asustador de Lobos! ¡Eres tan grande! ¡Eres tan peludo!

La camarera seguía con la vista clavada en aquel espumoso desastre, maldiciendo como un marinero en cubierta. Se mantenía lo más alejada que podía de ese único reservado vacío.

—¿Crees que todavía podemos? —dijo David—. Me refiero a hacer el amor.

Willa se secó los ojos llorosos y contestó:

—Percepción y expectativas, ¿recuerdas? Juntas pueden mover montañas. —Volvió a cogerle la mano—. Yo todavía te quiero y tú a mí también, ¿no es así?

—¿Acaso no soy el Asustador de Lobos? —repuso David. Pudo bromear porque sus nervios todavía no creían que estuviera muerto. Pasó su mirada desde Willa hasta el espejo y los vio a ambos. Luego solamente a él, con sus manos sosteniendo la nada. Luego los dos habían desaparecido. Sin embargo... respiraba, olía la cerveza y el whisky y el perfume.

Un ayudante de cocina había surgido de alguna parte y ayudaba a la camarera a recoger el desastre.

—Sentí que daba un paso en falso —la oyó decir David. ¿Ese era el tipo de cosas que uno escuchaba en la otra vida?—. Creo que volveré contigo —añadió Willa—, pero no pienso quedarme en esa aburrida estación con esa gente aburrida cuando hay un lugar como este en los alrededores.

—Bien —dijo él.

—¿Quién es Buck Owens?

—Te lo contaré todo sobre él —dijo David—. Y también sobre Roy Clark. Pero primero dime qué más sabes.

—La mayoría de ellos no me importan —dijo ella—, pero Henry Lander es agradable. Y también su esposa.

—Phil Palmer tampoco está mal.

Ella arrugó la nariz.

—Phil, el pelmazo.

—¿Qué sabes, Willa?

—Lo verás por ti mismo, si de verdad miras.

—¿No sería más fácil si simplemente me...?

Al parecer no lo era. Ella se echó hacia delante hasta que sus pechos se apretaron contra el borde de la mesa y señaló con el dedo:

—¡Mira! ¡La banda ha vuelto!

La luna estaba alta cuando él y Willa caminaban de vuelta hacia la carretera cogidos de la mano. David no lo entendía —se habían quedado solo a las dos primeras canciones de la segunda parte—, pero ahí estaba, flotando allá arriba en la estrellada negrura. Ese detalle lo preocupaba, pero había algo que lo perturbaba aún más.

—Willa —dijo—. ¿En qué año estamos?

Ella lo pensó detenidamente. El viento azotaba su vestido estampado como si fuera el vestido de cualquier mujer viva.

—No lo recuerdo con exactitud —dijo finalmente—. ¿No es extraño?

—Teniendo en cuenta que no puedo acordarme de cuándo fue la última vez que comí o que bebí un vaso de agua, no me

resulta demasiado extraño. Si tuvieras que adivinarlo, ¿qué año dirías? Rápido, sin pensarlo.

—Mil novecientos... ¿ochenta y ocho?

David asintió. Él habría dicho 1987.

—Allí dentro había una chica con una camiseta en la que ponía ESCUELA DE SECUNDARIA DE CROWHEART SPRINGS, CURSO 2003. Y si tenía edad suficiente para estar en una taberna...

—Entonces 2003 tuvo que haber sido hace por lo menos tres años.

—Eso es lo que estaba pensando. —Hizo una pausa—. No podemos estar en 2006, Willa. ¿O sí? Quiero decir, ¿estamos en el siglo XXI?

Antes de que pudiese responder, oyeron el clic, clic, clic de pezuñas sobre el asfalto. Esta vez había más de uno; esta vez había cuatro lobos detrás de ellos en la carretera. El más grande, que se mantenía al frente de los otros, era el que había acechado a David mientras caminaba hacia Crowheart Springs. Hubiera reconocido ese pelaje tupido y negro en cualquier parte. Ahora sus ojos brillaban más. Una media luna flotaba en cada uno de ellos como una lámpara ahogada.

—¡Nos ven! —gritó Willa en una especie de éxtasis—. ¡David, nos ven! —Apoyó una rodilla en una franja blanca de la línea discontinua de la carretera y estiró el brazo derecho. Hizo un sonido con la boca y dijo—: ¡Aquí, muchacho! ¡Acércate!

—Willa, no creo que eso sea buena idea.

Ella no le hizo caso, algo bastante habitual en Willa. Tenía sus propias ideas sobre las cosas. Había sido ella quien había querido ir desde Chicago hasta San Francisco en ferrocarril porque, según había dicho, quería saber cómo era follar en un tren. Especialmente en uno que corriera mucho y se zarandeara un poco.

—¡Ven, muchachote, ven con mamá!

El lobo grande se acercó, seguido por su compañera y sus dos... ¿podríamos llamarlos cachorros? Mientras estiraba el hocico (y todos esos dientes brillantes) hacia el delgado brazo extendido, la luna le inundó completamente los ojos durante un ins-

tante y los convirtió en plata. Entonces, justo antes de que su larguísimo hocico pudiera tocarle la piel, el lobo lanzó una serie de gemidos encadenados y retrocedió de forma tan abrupta que por un momento se alzó sobre sus cuartos traseros, con las patas delanteras boxeando en el aire y el blanco pelaje del vientre a la vista. Los otros estaban aterrorizados. El lobo grande dio media vuelta en el aire y corrió hacia los matorrales del lado derecho de la carretera, todavía gimiendo y con la cola entre las patas. Los otros lo siguieron.

Willa se irguió y miró a David con una expresión de dolor tan intensa que era demasiado difícil de soportar. Así que clavó la mirada en el suelo.

—¿Para esto me has traído a la oscuridad cuando yo estaba tan tranquila escuchando música? —preguntó—. ¿Para mostrarme lo que soy ahora? ¡Como si no lo supiera!

—Lo siento, Willa.

—Todavía no, pero lo sentirás. —Volvió a cogerle de la mano—. Vamos, David.

David arriesgó una sonrisa.

—¿No estás enfadada conmigo?

—Oh, un poco, pero ahora tú eres todo lo que tengo, y no puedo abandonarte.

Poco después de ver los lobos, David atisbó una lata de Budweiser que yacía a un lado de la carretera. Estaba casi seguro de que era la misma que había ido pateando delante de él hasta que una patada la desvió hacia los matorrales. Ahí estaba de nuevo, en su posición original... porque, por supuesto, él no la había pateado. La percepción no lo es todo, había dicho Willa, pero ¿la percepción y las expectativas? Júntalas y tendrás un bote de mantequilla de cacahuete Reese cortesía de la mente.

Dio una patada a la lata hacia la maleza, y cuando habían pasado de largo aquel punto, se volvió y allí estaba de nuevo, justo donde yacía desde que un vaquero —quizá de camino al 26— la había arrojado por la ventanilla de su camioneta. Recordaba que en *Hee Haw* —ese viejo programa de televisión que prota-

www.megustaleer.com

© Random House Mondadori S.A.

gonizaban Buck Owens y Roy Clark— solían llamar a las camionetas «Cadillacs de vaqueros».

—¿Por qué sonríes? —le preguntó Willa.

—Te lo diré más tarde. Por lo que parece tendremos tiempo de sobra.

Se detuvieron delante de la estación de trenes de Crowheart Springs, cogidos de la mano bajo la luz de la luna como Hansel y Gretel en la entrada de la casita de chocolate. A David, el largo edificio pintado de verde le parecía de un color gris ceniza, y aunque sabía que los letreros WYOMING y EL ESTADO DE LA IGUALDAD estaban pintados de rojo, blanco y azul, podrían haberlo estado de cualquier otro color. Reparó en una lámina de papel, protegida de los elementos por un plástico, clavada en uno de los postes que flanqueaban los anchos escalones que conducían a la entrada de doble puerta. Phil Palmer seguía recostado allí.

—¡Eh, amigo! —le llamó Palmer—. ¿Tienes un cigarrillo?

—Lo siento, señor Palmer —dijo David.

—Creía que me traerías un paquete.

—No pasé por ninguna tienda —respondió David.

—¿No vendían tabaco allí donde estabas, muñeca? —preguntó Palmer. Era el tipo de hombre que llamaba «muñeca» a todas las mujeres de cierta edad; uno sabía eso con solo mirarlo, así como que si pasabas un día con él durante una agobiante tarde de agosto, se echaría el sombrero hacia atrás para secarse el sudor de la frente y te diría que no era calor sino humedad.

—Seguro que sí —dijo Willa—, pero habría tenido problemas para comprarlo.

—¿Se puede saber por qué, dulzura?

—¿Usted qué cree?

Palmer cruzó los brazos sobre su angosto pecho y no dijo nada. Desde algún lugar del interior, su mujer gritaba:

—¡Tenemos pescado para cenar! ¡*Primeo una cosha y depué otra!* ¡Odio el olor de este sitio! ¡Galletas!

www.megustateer.com

(c) Random House Mondadori S A

—Estamos muertos, Phil —dijo David—. Ese es el motivo. Los fantasmas no pueden comprar tabaco.

Palmer lo escudriñó durante unos segundos y, antes de que se echara a reír, David notó que Palmer no solo le creía sino que lo había sabido desde el principio.

—He oído muchas razones por las que alguien no trae algo que se le ha pedido —dijo—, pero tengo que admitir que esta se lleva la palma.

—Phil...

Desde dentro:

—¡Pescado para cenar! ¡Maldita sea!

—Perdonadme, chicos —dijo Palmer—. El deber me llama.

Y se fue. David se volvió hacia Willa; creía que le preguntaría qué otra cosa esperaba de él, pero Willa estaba mirando la nota de papel clavada en el poste junto a la escalera.

—Mira eso —dijo Willa—, y dime qué ves.

Al principio no vio nada porque la luna se reflejaba en el plástico protector. Dio un paso adelante, luego otro a la izquierda, apartando a Willa a un lado al hacerlo.

—Arriba del todo pone: PROHIBIDA LA PROSTITUCIÓN POR ORDEN DEL SHERIFF DE SUBLETTE COUNTY; después hay un texto en letras pequeñas, bla, bla, bla, y al final...

Ella le dio un codazo sin delicadeza alguna.

—Deja de hacer el idiota y mira bien, David. No quiero pasar-me aquí toda la noche.

No ves lo que tienes justo delante de los ojos.

Apartó la vista de la estación y miró las vías del tren que brillaban bajo la luz de la luna. Más allá había una gruesa y blanca garganta de piedra con la cima aplanada; eso es una meseta, compañero, como en las viejas películas de John Ford.

Volvió a mirar la nota del poste, y se preguntó cómo un feroz banquero especialista en inversiones conocido como Asustador de Lobos Sanderson podía haber confundido aquellas palabras.

—Dice: PROHIBIDO EL PASO POR ORDEN DEL SHERIFF DE SUBLETTE COUNTY —dijo.

—Muy bien. ¿Y debajo del bla, bla, bla?

www.megustaleer.com

(c) Random House Mondadori S A

Al principio no pudo leer los dos renglones del final; al principio esas dos líneas eran solo símbolos incomprensibles, posiblemente porque su mente, que se negaba a creer nada de todo aquello, no podía hallar una traducción inocua. Así que volvió a mirar hacia las vías del ferrocarril y no le sorprendió del todo comprobar que ya no brillaban bajo la luz de la luna; ahora el acero parecía estar oxidado y los hierbajos crecían entre los travesaños. Cuando fijó de nuevo la mirada, la estación de trenes estaba hundida y abandonada, tenía las ventanas tapadas con tablones de madera y al techo le faltaba la mayoría de las tejas. El letrero de NO APARCAR, ZONA DE TAXIS había desaparecido del asfalto, que estaba lleno de grietas y de baches. Aún podía leer WYOMING y EL ESTADO DE LA IGUALDAD en un lado del edificio, pero ahora las palabras eran fantasmas. Como nosotros, pensó.

—Adelante —dijo Willa. Willa, que tenía sus propias ideas sobre las cosas; Willa, que veía lo que tenía justo delante de los ojos y quería que tú lo vieras también, aunque mirar fuese cruel—. Este es el examen final. Lee esas dos líneas de abajo y podremos continuar con el espectáculo.

Él suspiró.

—Dice: PROPIEDAD DECLARADA EN RUINAS. DEMOLICIÓN PROGRAMADA PARA JUNIO DE 2007.

—Tienes un sobresaliente. Ahora vayamos a ver si a alguien más le apetece ir al pueblo y escuchar a Los Descarriladores. Le diré a Palmer que le vea el lado bueno; no podremos comprar cigarrillos, pero a la gente como nosotros no les cobran entrada.

Solo que nadie quería ir al pueblo.

—¿Qué quiere decir Willa con que estamos muertos? ¿Por qué se empeña en decir algo tan espantoso? —le preguntó Ruth Lander a David. Pero lo que lo mató (es una forma de hablar) no fue el reproche de su voz sino la mirada que había en sus ojos antes de que apretara el rostro contra el hombro de la chaqueta de pana de Henry. Porque ella también lo sabía.

—Ruth —dijo David—, no le estoy diciendo esto para que se sienta mal...

—¡Entonces para ya! —gritó ella; su voz sonó amortiguada.

David se percató de que todos ellos, excepto Helen Palmer, lo miraban con ira y hostilidad. Helen asentía y murmuraba entre su marido y la señora Rhinehart, quien probablemente se llamaba Sally. Formaban pequeños grupos bajo los tubos fluorescentes... pero cuando parpadeó los fluorescentes habían desaparecido. Entonces los abandonados pasajeros se transformaron en figuras borrosas bajo la truncada luz de la luna que lograba abrirse paso a través de las ventanas cubiertas por tablones. Los Lander no estaban sentados en ninguno de los bancos, estaban sentados en el suelo polvoriento, cerca de un montoncito de ampollas vacías de crack —sí, parecía que el crack había encontrado el modo de llegar incluso al condado de John Ford—, y había un círculo descolorido en una pared no muy lejos del rincón donde Helen Palmer se había acuclillado y empezado a gimotear. David volvió a parpadear y los tubos fluorescentes regresaron. Así como un gran reloj, que ocultó el círculo descolorido.

—Creo que lo mejor sería que os marcharais, David —dijo Henry Lander.

—Escuche un minuto, Henry —dijo Willa.

Henry dirigió su mirada hacia Willa, y a David no le perturbó percibir el desagrado que albergaba. Cualquier aprecio que Henry pudo haber sentido alguna vez por Willa Stuart había desaparecido.

—No quiero escuchar —dijo Henry—. Estáis consiguiendo que mi esposa se ponga triste.

—Sí —intervino un joven gordo con una gorra de los Seattle Mariners. David pensó que se llamaba O'Casey. O en cualquier caso era algo irlandés con un apóstrofo—. ¡Cierra la boca, nena!

Willa se inclinó hacia Henry, y este se apartó bruscamente, como si tuviera mal aliento.

—¡La única razón por la que dejé que David me arrastrara hasta aquí fue porque van a demoler este sitio! ¿Puedes decir

«bola de demolición», Henry? Seguro que eres lo bastante listo para entender ese concepto.

—¡Haz que se calle! —gritó Ruth; su voz sonó amortiguada.

Willa se inclinó aún más; sus ojos brillaban en su anguloso y bonito rostro.

—Y cuando acaben con la bola de demolición y los camiones se lleven de aquí los escombros de lo que era la estación de trenes, esta vieja estación, ¿dónde estarás tú?

—Déjanos solos, por favor —dijo Henry.

—Henry... como la chica del coro le dijo al arzobispo, la negación no es un río de Egipto.

Ursula Davis, a quien Willa le había caído mal desde el principio, dio un paso al frente con el mentón por delante.

—Vete a la mierda, zorra perturbadora.

Willa los recorrió a todos con la mirada.

—¿Ninguno de ustedes lo entiende? Están muertos, todos estamos muertos, y cuanto más tiempo estén en un sitio, más les costará marcharse a otro.

—Tiene razón —dijo David.

—Sí, y si dijera que la luna es queso, tú dirías que es provolone —dijo Ursula. Era una mujer alta, prohibitivamente hermosa y de unos cuarenta años—. Disculpa mi lenguaje, pero te tiene tan atado al coño que ni siquiera nos resulta gracioso.

Dudley dejó escapar de nuevo ese sobrecogedor rebusno, y la señora Rhinehart empezó a reírse.

—Ustedes dos están molestando a los pasajeros.

Ese era Rattner, el pequeño conductor de rostro apologetico. Casi nunca hablaba. David parpadeó otra vez, la oscuridad y la luz de la luna se instalaron en la estación durante un momento, y vio que la mitad de la cabeza de Rattner había desaparecido. El resto de su cara se había vuelto negro.

—¡Van a demoler este sitio y no tendrán ningún otro lugar adonde ir! —exclamó Willa—. Ningún otro puñetero lugar. —Se secó con los puños las lágrimas de furia que le cubrían las mejillas—. ¿Por qué no vienen al pueblo con nosotros? Les

enseñaremos el camino. Por lo menos hay gente..., luces... y música.

—Mami, yo quiero oír música —dijo Pammy Andreeson.

—Calla —dijo su madre.

—Si estuviéramos muertos, lo sabríamos —intervino Biggers.

—Ahí te ha cogido, muchacho —comentó Dudley; le guiñó un ojo a David—. ¿Qué nos ha pasado? ¿Cómo hemos muerto?

—Yo... no lo sé —respondió David. Miró a Willa y esta se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—¿Lo ven? —dijo Rattner—. Hubo un descarrilamiento. Eso pasa..., bueno, iba a decir que pasa todos los días pero no es verdad. Ni siquiera aquí, donde el sistema de vías necesita muchas horas de trabajo, pero de vez en cuando, en algún que otro cruce...

—Nos caímos —dijo Pammy Andreeson. David la miró, la miró de verdad, y por un instante vio un cadáver calcinado con un harapo podrido como vestido—. Caímos y caímos y caímos. Después... —Hizo un fuerte y grave sonido con la garganta, juntó sus pequeñas y tiznadas palmas y las separó bruscamente: el código de todos los niños para explicar una explosión.

Parecía que iba a decir algo más, pero, antes de que pudiera hacerlo, su madre la abofeteó tan fuerte que se le vieron los dientes y se le escapó un poco de saliva por la comisura de la boca. Pammy se quedó con la mirada fija durante un momento, desconcertada por la conmoción. Luego soltó un gemido estridente en una nota más dolorosa que cuando cantaba jugando a la rayuela.

—¿Qué hemos dicho de las mentiras, Pamela? —gritó Georgia Andreeson aferrando a la niña por el antebrazo. Sus dedos se hundieron hasta casi perderlos de vista.

—¡No está mintiendo! —dijo Willa—. ¡Nos salimos de las vías y caímos por el desfiladero! ¡Ahora lo recuerdo! ¡Y ustedes también lo recuerdan! ¿No es cierto? ¿No es cierto? ¡Lo veo en sus caras! ¡Lo veo en sus puñeteras caras!

Sin mirarla, Georgia Andreeson alzó el dedo corazón hacia Willa. Su otra mano sacudía a Pammy adelante y atrás. David vio a una niña flotando en una dirección y un cadáver calcinado en

la otra. ¿Qué se había incendiado? Ahora recordaba la caída, pero ¿qué se había incendiado? No lo recordaba, quizá porque no quería recordarlo.

—¿Qué hemos dicho de las mentiras? —gritó Georgia Andreeson.

—¡Que están mal, mamá! —sollozó la niña.

La mujer tiró de ella hacia la oscuridad mientras la niña aún gritaba esa única nota monótona.

Tras ellas se hizo un momentáneo silencio —todos escuchaban los lamentos de Pammy mientras la arrastraban al exilio— y luego Willa se volvió hacia David.

—¿Has tenido bastante?

—Sí —dijo él—. Vámonos.

—¡No olvidéis cerrar la puerta al salir! —advirtió Biggers, demencialmente exuberante, y Dudley se desternilló de risa.

David dejó que Willa lo guiase hacia la entrada de doble puerta, donde Phil continuaba recostado, aún con los brazos cruzados sobre el pecho. Entonces David soltó la mano de Willa y se acercó a Helen Palmer, que estaba sentada en el rincón, meciéndose adelante y atrás. Ella lo miró con ojos oscuros y salvajes.

—Tenemos pescado para cenar —dijo Helen Palmer en algo que fue poco más que un susurro.

—No sé nada de eso —dijo David—, pero tenía razón respecto al olor de este sitio. Galletas viejas y sucias. —Miró hacia atrás y vio a los demás observándolos a Willa y a él bajo la menguante luz de la luna que podía convertirse en luz de fluorescente si lo deseabas con la suficiente intensidad—. Supongo que así huelen los lugares que han estado mucho tiempo cerrados.

—Será mejor que te vayas, amigo —dijo Phil Palmer—. Nadie quiere comprar lo que estás vendiendo.

—Como si no lo supiera —respondió David, y siguió a Willa hacia la oscuridad iluminada por la luna.

A su espalda, como un susurro silbante del viento, oyó a Helen Palmer decir:

—*Primeo una cosha y depué otra.*

Tardaron toda la noche en recorrer los kilómetros que los separaban del 26, pero David no estaba cansado. Suponía que los fantasmas no podían cansarse, así como no sentían sed ni hambre. Además, aquella noche era distinta. La luna lucía llena en el cielo, brillando en las alturas como un dólar de plata, y el aparcamiento delantero del 26 estaba vacío. En la explanada de grava que había a un lado, unos cuantos semirremolques permanecían en silencio, y uno ronroneaba soñoliento con las luces de posición encendidas. En la marquesina de la entrada se leía: ESTA SEMANA LOS HALCONES NOCTURNOS. TRAE A TU CHICA. GÁSTATE EL DINERO.

—Qué bonito —dijo Willa—. ¿Me traerás, Asustador de Lobos? ¿Acaso no soy tu chica?

—Lo eres, y te traeré —respondió David—. La cuestión es: ¿qué hacemos ahora? El salón de baile está cerrado.

—Aun así entraremos, por supuesto —contestó ella.

—Pero las puertas estarán cerradas con llave.

—No si no queremos que lo estén. Percepción, ¿recuerdas? Percepción y expectativas.

Lo recordaba, y cuando intentó abrir la puerta, se abrió. Los olores de la barra y la pista seguían allí, ahora mezclados con el agradable aroma de algún producto de limpieza con esencia de pino. El escenario estaba despejado y las banquetas descansaban sobre la barra, con las patas hacia arriba, pero la réplica de neón del Wind River Range seguía encendida, bien porque el encargado la había dejado así antes de cerrar, bien porque Willa y él así lo deseaban. Esto último parecía lo más probable. La pista de baile parecía más grande ahora que estaba desierta, especialmente porque la pared de espejo la duplicaba. Las montañas de neón arrojaban una luz trémula sobre su superficie encerada.

Willa respiró profundamente.

—Huelo la cerveza y el perfume —dijo—. Un aroma penetrante. Es adorable.

—Tú eres adorable —respondió él.

www.megustateer.com
(c) Random House Mondadori S A

Ella se volvió hacia él.

—Bésame, vaquero.

La besó allí, en el borde de la pista de baile, y a juzgar por lo que estaba sintiendo, la posibilidad de hacer el amor no quedaba en absoluto descartada.

Ella le besó las comisuras de la boca, luego dio un paso atrás.

—Echa veinticinco centavos en la máquina de discos, ¿vale? Quiero bailar.

David se acercó a la máquina en el otro extremo de la barra, metió veinticinco centavos y seleccionó D-19, la versión de Freddy Fenson de «Wasted Days and Wasted Nights». Fuera, en el aparcamiento, Chester Dawson, que había decidido detenerse allí unas horas antes de continuar su viaje hacia Seattle con un cargamento de piezas electrónicas, alzó la cabeza, pensó que oía música, se convenció de que era parte del sueño que estaba teniendo, y volvió a quedarse dormido.

David y Willa se movían lentamente alrededor de la pista vacía, algunas veces reflejados en el espejo y otras veces no.

—Willa...

—Calla un momento, David. La chica quiere bailar.

David guardó silencio. Apoyó el rostro en el pelo de Willa y dejó que la música lo llevara. Pensó que podrían quedarse allí, y que de vez en cuando la gente los vería. El 26 tal vez se haría famoso por estar encantado, aunque probablemente no sería así; la gente no piensa mucho en fantasmas cuando está bebiendo, a no ser que beba sola. Algunas veces, a la hora del cierre, el encargado y la última camarera (la de mayor experiencia, la responsable de repartir las propinas) tendrían la sensación de que los estaban observando. Algunas veces oirían música incluso después de haber apagado la máquina, o captarían un movimiento en el espejo cercano a la pista o en el de los reservados. Generalmente con el rabillo del ojo. David pensó que podrían haber terminado en algún lugar mejor, pero al fin y al cabo el 26 no estaba tan mal. Habría gente hasta que cerrara. Y siempre habría música.

Se preguntó qué ocurriría con los otros cuando la bola de demolición hiciera añicos sus ilusiones... y lo haría. Pensó en

Phil Palmer tratando de proteger a su horrorizada y escandalosa esposa de la caída de los escombros, los cuales no podían lastimarla porque, hablando con propiedad, ella ni siquiera estaba allí. Pensó en Pammy Andreeson acurrucada en los temblorosos brazos de su madre. En Rattner, el conductor de voz apagada, diciendo: «Mantengan la calma, amigos» con un hilillo de voz que no podría hacerse oír por encima del rugido de las grandes máquinas amarillas. Pensó en el librero, Biggers, tratando de correr con su pierna coja, dando bandazos y finalmente desplomándose mientras la bola de demolición oscilaba y los bulldozers gruñían y mordían y el mundo se venía abajo.

Le gustaba pensar que su tren llegaría antes de todo aquello —que sus expectativas combinadas lo harían llegar— pero realmente no lo creía. Consideró incluso la idea de que el shock podría extinguirlos y que sencillamente se apagarían como la llama de una vela ante una fuerte ráfaga de aire, pero tampoco creía eso. Podía verlos con demasiada claridad después de que los bulldozers y los camiones y las palas mecánicas se hubiesen marchado, bajo la luz de la luna, junto a las oxidadas vías en desuso, mientras el viento que bajaba de las colinas gemía alrededor de la meseta y sacudía los matorrales. Podía verlos apelotonados bajo un billón de estrellas, esperando todavía aquel tren.

—¿Tienes frío? —preguntó Willa.

—No, ¿por qué?

—Estabas temblando.

—Quizá un ganso pasó sobre mi tumba —dijo David.

Cerró los ojos y bailaron juntos en la pista vacía. A veces se veían en el espejo, pero cuando desaparecían de la vista, solo quedaba una canción country sonando en una sala vacía iluminada por una montaña de neón.